



THOMAS J. SARGENT (\*)

**L**A prominencia de Sargent entre los nuevos economistas clásicos es indiscutible. En realidad, la economía clásica suele denominarse economía de Lucas y Sargent. En 1971 Sargent discutía, independientemente de Lucas, el concepto de expectativas ra-

cionales. Desde entonces, ha ejercido una influencia profunda en el discurso teórico y empírico de la nueva economía clásica. Un artículo que escribió juntamente con Neil Wallace ha sido blanco especial de críticas. Bajo el título de «Rational Expectations, the Optimal Monetary Instrument and the Optimal Money Supply» (1973), defiende la proposición —conocida hoy como proposición de Sargent-Wallace— de que sólo los trastornos monetarios no anticipados son capaces de tener efectos reales. Sargent ha sentado también las bases de procedimientos econométricos innovadores que permiten el contraste de las nuevas conclusiones clásicas. Los principios de la Nueva Econometría se contienen en su *Estimation of Dynamic Labor Demand Schedules under Rational Expectations* (1978).

Sargent se doctoró por Harvard en 1968. Tras un año de estancia en la Universidad de Carnegie-Mellon pasó a la de Minnesota y al Banco de la Reserva Federal de Minneápolis. Nuestra conversación tuvo lugar en Cambridge, Massachusetts, donde trabajaba en el National Bureau of Economic Research. Era julio de 1982.

nómetra. Me alegra haber estado en Harvard debido a la libertad intelectual que reina allí. En aquellos días los estudiantes tenían absoluta libertad para estudiar e investigar cosas; no se le daba un programa cerrado —por ejemplo, macroeconomía durante las clases— sino que tenían que concebirlo por sí mismos. Y en aquellos días las historias sobre las que operar no eran demasiado buenas. Siempre existían grandes problemas en las historias keynesianas y monetaristas que debían ponerse en entredicho, pero yo entonces no me daba cuenta de ello.

—¿Le inspiró algo en particular o le fundió un estímulo intelectual, o bien trataba simplemente de obtener un título?

—No. Me interesaban realmente las cosas, pero en realidad no comencé a aprender hasta haberme graduado. Entonces comencé a reflexionar sobre series temporales muy seriamente. Lei montones de libros sobre series temporales. Intenté concebir la relación entre las serie temporales y los modelos económicos. Cuando yo empecé, los nexos no eran formales. Se podían formular modelos estáticos que ni siquiera se expresaban en términos probabilísticos o dinámicos, y a continuación se aplicaban procedimientos de series temporales. Pero esos modelos no estaban en condiciones de ser confrontados con series temporales.

Mi investigación en torno a los tipos de interés fue un ejemplo. Mi tesis, también sobre tipos de interés, no era muy buena porque yo no sabía cómo resolver ese problema concreto. No sabía lo suficiente sobre series temporales ni sobre teoría para poder hacer satisfactoriamente las cosas, pero sí reconocía que no era satisfactorio el nexo entre ellas.

Comencé a aprender más sobre la relación entre teoría y observaciones a fines de los sesenta. En mí influyeron diversos colegas, como Neil Wallace y Chris Sims, de la Universidad de Minnesota. Ya antes de ir a esta Universidad aprendía yo cosas de Sims a base de leer sus trabajos. Neil Wallace me enseñó realmente teorías macroeconómicas; también me enseñó bastante sobre la relación entre teorías y datos, o por lo menos planteó muy buenas cuestiones.

—¿Y Lucas?

—En un principio, tuve conocimientos de Lucas fundamentalmente leyendo sus trabajos. Le conocí personal-

## Generalidades

—¿Cómo llegó Vd. a estudiar economía?

—(Larga pausa y vacilación.) Ya me gustaba cuando estaba en el colegio, pero también soy muy curioso, desde niño, y me intrigó siempre lo que causa las depresiones. La Gran Depresión influyó poderosamente en mí; muchos miembros de mi familia quedaron arruinados. Mi abuelo explotaba una cantera de materiales de construcción y se vio en la calle. Mi otro abuelo estaba colocado en el negocio de la radio y se arruinó. Es una historia de lo más corriente.

Por todo ello me interesaba saber qué originó la Depresión y por qué no hemos vuelto más tarde a tener algo así. Cuando comencé a estudiar Economía dijeron algo en tal sentido. Además, la economía constituye una agradable mezcla de temas: se refiere a personas, a cuestiones políticas, pero al mismo tiempo también utiliza técnicas, matemáticas. Es un modo de expresar cuestiones analíticas sobre cualquier tema de política.

En Berkeley, donde estudiaba la carrera, tuve un profesor excelente y un

magnífico profesor adjunto, Jerry Kenley, en primer curso de Economía. El profesor, Benjamín Ward, era realmente bueno; sus conferencias eran magníficas. Leímos cosas como *The Economic Interpretation of the Constitution* de Charles Beard y comenzamos a poner en movimiento allí mismo a la Economía. Recuerdo sus críticas de nuestra sociedad durante las clases.

—¿Era Vd. político en aquellos días?

—Desde fines de los años treinta, como mínimo, los estudiantes de Berkeley han usado un tono muy crítico. Berkeley siempre ha sido un lugar que atrae a estudiantes críticos y radicales. Yo era ambas cosas de un modo pacífico. Leí mucha filosofía y filosofía política, sobre todo durante los cursos, y reflexioné mucho sobre ello cuando se discutía. Indudablemente, era muy liberal, pero no un activista político. Estudié afanosamente.

—¿Después pasó Vd. a Harvard?

—Sí. Esa fue una experiencia interesante. Fue muy distinta de la de Berkeley. En Berkeley estaba muy unido a varios profesores, pero en Harvard se goza de más autonomía. Escribí mi tesis con John Meyer, economista general que también es un excelente eco-

mente en Carnegie-Mellon, pero yo me encontraba detrás de él. Verdaderamente, no sabía lo que él estaba intentando probar, no lo comprendía del todo. Lo que atrae de su trabajo con Prescott es el mensaje sobre cómo pasar limpiamente de las teorías a las series temporales. Ese trabajo indica cómo muchos de los problemas pueden resolverse y sienta los cimientos de una nueva econometría. Sólo es preciso perfilar los detalles.

—¿Cómo fue el año que pasó Vd. en Carnegie?

—Fue muy interesante. Y no sólo debido a Lucas. Hablé con mucha gente, cambié muchas impresiones con Leonard Rapping, con Mike Lovell, con Allen Meltzer, y con otras figuras más jóvenes como Peter Frost, Richard Roll y Lester Lave.

—Rapping me dijo que en aquel entonces era Vd. una persona tímida.

—Pues sí, y continuó siéndolo. Leonard fue muy amable conmigo. Yo sabía que estaba forcejeando con la economía neoclásica.

—¿Detectó Vd. la tensión observada por Rapping y Lucas entre Mike Lovell de un bando y la facción de Chicago del otro?

—No. Sabía que estaban pasando cosas, pero eso era algo grande para mí. Yo acababa de salir de Harvard y esas figuras eran algo mayores que yo. Aprendí mucho de los maestros de Chicago. Fue mi primer contacto con ellos y me influyeron en mi modo de pensar. Puedo mencionar que quien me situó en la senda de las expectativas racionales no fue Bob Lucas, sino Mike Lovell. Mike estaba realizando un estudio sobre las expectativas. Había hecho algunos trabajos sobre *stocks*, estudios que yo examiné muy detenidamente; mantuvimos muchos contactos. Eso fue en 1967. Leí esos trabajos y los discutimos. No me daba cuenta cabal de lo que pretendía conseguir Muth. Ni siquiera seguí su idea en aquella época, pero de todos modos la dejé guardada en un rincón de mi mente. En aquella época no cambié impresiones con Lucas sobre ese tema; mantuve pocos contactos con él durante ese año.

—A finales de los sesenta Lucas y Rapping estaban haciendo cosas importantes en colaboración. En 1969 publicaron un artículo que hoy es famoso. ¿Se daba cuenta Vd. de todo eso entonces?

—Recuerdo cuando Lucas y Rapping

estaban escribiendo ese trabajo. Yo solía hablar de él con Leonard, no con Bob. No comprendía del todo lo que estaban intentando lograr, ni creo que ellos tampoco. Todos nos encontrábamos entonces a mitad de camino entre las expectativas racionales y las adaptables.

Le diré lo que pensaba: pensaba que las expectativas racionales eran una forma más elegante de hacer las cosas, la forma correcta, pero verdaderamente no comprendíamos cómo hacerlas. No conocíamos las técnicas pertinentes. Lo que no percibimos era que ello iba a abrir la puerta a un modo totalmente diferente de contemplar las cosas. Bob y Ed Prescott pudieron haberse percatado de ello, pero yo no, desde luego.

—¿Cuándo comenzó Vd. a centrar su atención en esas nuevas ideas?

—Realmente comencé a forcejear con esos problemas cuando me puse en contacto con Neil Wallace. Le conocí estando yo en el Ejército. John Meyer facilitó mi incorporación al Bureau of Economic Research, al licenciarme. Disponía de un permiso de un mes, así es que marché a Nueva York y pasé algún tiempo en el Bureau. Meyer fue muy amable; me ayudó. Conocí allí a Neil y comenzamos ambos a hablar de macroeconomía. Creo que ambos éramos tal para cual, tanto por lo que sabíamos, como por lo que ignorábamos. Cuando miro retrospectivamente lo que estábamos haciendo con las expectativas racionales entonces me resulta divertido, porque no hicimos las cosas de la manera más limpia. Así, por ejemplo, si hubiésemos sabido más matemáticas hubiésemos hecho las cosas de forma completamente diferente; hubiésemos resuelto en el acto algunos problemas; hubiésemos visto la luz en numerosas ocasiones, cosa que entonces no hicimos. Nos costó mucho tiempo, pero fue muy divertido.

—¿Marchó Vd. a Vietnam?

—Pasé por el ROTC, fui comisionado, y trabajé en el servicio de análisis de sistemas del Pentágono. Ese trabajo me cambió en cierto modo, me hizo más conservador. Llegué a entender más claramente las limitaciones de las acciones gubernamentales. Fue un aprendizaje mediante la experiencia. Mis conclusiones brotaron de contemplar todo el proceso de toma de decisiones mediante el cual los Estados Unidos entraron en la guerra: cómo evaluamos la situación, cómo procesamos los datos provenientes de la guerra, cómo

valoramos nuestras opciones, lo que consideramos costes y recursos del Sudeste de Asia, y lo que consideramos resultado más probable. No hicimos un trabajo demasiado bueno. Había un volumen increíble de decisiones ineficientes y malas, que se deben tener en cuenta al diseñar instituciones para la elaboración de políticas.

—Tengo la impresión de que Vd. era una persona reservada que se guardaba sus reflexiones y que accedió a Berkeley y Harvard de forma callada. ¿Era Vd. realmente el clásico y calmado observador intelectual?

—No tengo mucho que decir al respecto.

—¿Cuándo comenzó Vd. a trabajar con Lucas?

—Verdaderamente no he trabajado gran cosa con Lucas. Pasé un año en Chicago y recibí sus enseñanzas durante dos cursos. Es un buen maestro. Aprendí de él, leí sus trabajos. Ha influido considerablemente sobre mí. Hemos hecho algunos trabajos juntos; escribimos un par de artículos... (pausa). Trabajo con otras muchas personas. Trabajo con Neil Wallace, pero también con estudiantes. Las cosas están realmente progresando. Los jóvenes a los que llevo diez o doce años de ventaja hacen hoy cosas extremadamente motivadoras.

—¿Qué otros economistas han sido importantes para Vd?

—Milton Friedman ha sido importante en el plano educativo. Jamás me ha dado clase, pero he leído sus escritos. Sus obras y las de Tobin son para mí importantes. Intentar imaginar lo que ambos han conseguido ha sido una fuente continua de enseñanzas.

—Friedman no es demasiado técnico...

—En lo que él ha realizado hay una macroeconomía maravillosa. Así, por ejemplo, su programa de estabilidad monetaria es algo que he leído y releído y proyecto continuar haciéndolo. Ofrece luces enormemente valiosas. Está claro que existen modelos que apoyan su modo de pensar... Estaba en Chicago el primer trimestre en que estuve de profesor invitado. He hablado con él, pero he aprendido de él mucho más leyendo sus obras. En cuanto a Tobin, he leído sus escritos, he hablado con él tres o cuatro veces y resultó muy agradable. Creo que él sabe perfectamente cuáles son las cuestiones básicas, y respeto sinceramente sus juicios, pero no estoy de acuerdo con

él en el modo en que se desarrollan las cosas.

—¿Ha llegado Vd. a conocer a Muth?

—Realmente, no le conozco. He hablado sólo dos veces con él, y he escuchado algunas de sus conferencias.

—Lucas y Vd. le otorgan enorme crédito en la introducción de su libro (1).

—Era lo justo. Bob escribió esas líneas, pero yo coincidía con él. Los trabajos que escribió son realmente maravillosos.

### Sobre Economía, su propia obra, y las expectativas racionales

—Cuando Vd. llegó a Harvard se daba cuenta de algún modo de que algo no andaba bien en la economía keynesiana. ¿Qué hizo que comenzase a pensar en las series temporales?

—Cuando estaba cursando el segundo o tercer año de la carrera no comprendía la conexión entre teorías y pruebas estadísticas. Yo suponía que era por no contar con un conocimiento suficiente del tema, pero a medida que fui aprendiendo más me di cuenta de que la conexión no estaba allí. Lo que quiero significar con que los eslabones o nexos no están claros es que con frecuencia los modelos que usamos carecen de aleatoriedad. Analizan el comportamiento del individuo en un contexto en el que no existe incertidumbre, pero tratan probabilísticamente los datos, añadiendo de ese modo aleatoriedad. Ese procedimiento no es ni acertado ni siquiera comprensible. El modelo estadístico que se utiliza implica que existe un entorno en el que existe incertidumbre, en tanto que el modelo económico que se está usando asume que eso no existe. La coronada, y resultó ser correcta, es que no se trata de añadir un término aleatorio. Si existe realmente incertidumbre, debe cambiar nuestro modo de pensar sobre el comportamiento del individuo.

Pero no es sólo la incertidumbre, sino también la dinámica. En numerosas ocasiones las teorías económicas no son dinámicas, sino estáticas. Cuando se obtienen los datos se hacen varias hipótesis —que no forman parte de la teoría— a fin de captar la dinámica de los datos. Pensé profusamente sobre el modo en que

la dinámica brota del comportamiento individual y del equilibrio y sobre cómo se podrían elaborar modelos que estuviesen en condiciones de llegar hasta los datos y captasen la dinámica y la aleatoriedad. Ese era el programa.

—¿Se daba Vd. cuenta del programa?

—Este tema de la relación entre teorías y series temporales ha orientado mis estudios. Intento aprender de las teorías y de la econometría de series temporales con un propósito definido. Me siento particularmente excitado cuando encuentro posibilidades de refundir ambas.

—¿Considera revolucionario ese enfoque?

—Se puede caracterizar algo como revolucionario o como evolución continua, según nos plazca. Yo podría construir un argumento en el sentido de que la macroeconomía de las expectativas racionales representa la consecuencia lógica y continua de lo que autores como Koopmans, Hurwicz, y otros, que fundaron las técnicas econométricas que subyacen en los modelos keynesianos, tenían *in mente*. Lo que tenemos en la nuestra es ese mismo *desideratum* filosófico de un modelo como el suyo. Koopmans y Hurwicz, desde muy temprano, dijeron que hay que construir modelos basados en un comportamiento optimizador. Koopmans se lamentaba de que los modelos macroeconómicos no fuesen satisfactorios, porque no abordaban el tema de la aleatoriedad. Hurwicz habló en 1949 de la necesidad de modelar el comportamiento estratégico. Dijo que los modelos keynesianos ignoraban el hecho de que los individuos no son unos meros jugadores estúpidos que responden pasivamente a lo que hace el Estado, sino que tienen la opción de modificar su estrategia cuando el Estado cambia la suya. Ese es el programa de las expectativas racionales. Hurwicz fue ignorado totalmente durante veinte años o más.

—¿Cuáles son los elementos cruciales del lenguaje del que habla Vd?

—El idioma es probablemente nuevo para la macroeconomía, pero no completamente nuevo en otras áreas de la economía o de la estadística y la teoría probabilística. Yo diría que lo que estamos haciendo es un desenvolvimiento intelectual natural e inevitable. Es una ruta que iba a ser desbrozada. La idea básica de pensar que los agentes viven en ambientes dinámicos e inciertos y se ocupan de consideraciones estratégicas es algo que surge en otras

áreas, como la organización industrial, el área de los recursos agotables, y el área del duopolio dinámico y del oligopolio dinámico. Los individuos escogen las estrategias que van a estar usando repetidamente a lo largo del tiempo. No se limitan a tomar decisiones por una sola vez, sino que eligen reglas decisorias. Se trata de un nuevo idioma en macroeconomía que, como ha dicho Vd., sólo hablan algunas personas. Eso explica algunas discusiones de los años setenta que no condujeron a ninguna parte. Pero creo que sería demasiado audaz afirmar que nosotros lo hemos inventado.

—Benjamín Friedman, Modigliani y otros aducen que no hay nada nuevo en el enfoque de Vds. Aluden a teorías neokeynesianas de la cartera de valores, del consumo y de la inversión que incluyen ese enfoque.

—En cierto modo, esas afirmaciones de Modigliani y de Ben Friedman tienen un fondo de verdad, y al mismo tiempo ellos pasan por alto algo fundamental. En lo que tienen razón es en que los acontecimientos científicos recientes constituyen realmente una consecuencia inevitable de la evolución lógica de la economía keynesiana. Si se retrocede y se examina la historia de la macroeconomía desde los años treinta, se detecta un esfuerzo intrínseco por trabajar cada vez más sobre la teoría de la optimización, esfuerzo que está soterrado bajo las reglas decisorias de la economía keynesiana, como ocurre en la función de consumo, el programa de cartera y el programa de inversión. Diversos autores, y en particular Modigliani, Tobin y Milton Friedman, recurrieron a la teoría de la optimización para explicar paradojas de la teoría de la función de consumo. Retornaron a la teoría de la elección de Fisher. Jorgenson, Lucas y otros intentaron usar la teoría de la optimización para obtener la función de inversión. Hacia 1969 la tendencia de los modelos keynesianos era usar cada vez más a fondo la teoría de la optimización, y es entonces cuando Lucas, Wallace y yo entramos en escena.

El paso natural siguiente era usar las expectativas racionales, porque... ¿por qué no optimizar también en cuanto a las expectativas? La única razón de no haberse hecho hasta entonces era técnica. No conocíamos las técnicas adecuadas, como los procedimientos de filtraje para elaborar modelos dotados de expectativas racionales. Por ello, la parte veraz de la afirmación de Ben Friedman y Modigliani es que ésta era

una empresa en la que estaban implicadas otras personas.

La parte que acaso carezca de razón es la siguiente: una vez que comprendimos cómo utilizar la cantera de las expectativas racionales y llegar hasta el final del camino de optimización, surgieron algunas sorpresas. La bibliografía inicial discurrió como si se pudiese elaborar una función optimizadora del consumo, un programa optimizador de la inversión, y un programa optimizador de la cartera de valores aisladamente, sin hilazón mutua entre todo eso. En esencia, son unos ejercicios de equilibrio parcial que al final se conjuntaron. El modelo Brookings, elaborado en 1965, es buen ejemplo de esta práctica. Se entregaron esos distintos programas a personas diferentes y al final se conjuntaron. La fuerza de las expectativas racionales está en que imponen una disciplina de equilibrio general. Con objeto de definir las expectativas de la gente, es preciso preservar la congruencia. La bibliografía a que aludían Ben Friedman y Modigliani derivaba una sola regla decisoria cada vez. A continuación, la estrategia consistía en mantener fijas a esas reglas decisorias en tanto que se variaban las políticas del Estado. La hipótesis clave de esos modelos es que las reglas decisorias quedarían fijas ante las alteraciones de la política estatal y que se escogería como política óptima del Estado la que ofreciese el mejor comportamiento de la economía, manteniendo fijas las reglas de decisión privada. La aportación capital de las expectativas racionales es que los agentes privados cambian sus reglas decisorias cuando el Estado altera su política. Esta es una implicación de la teoría de la optimización y una nueva aportación del enfoque de las expectativas racionales, un nuevo avance científico.

No es coincidencia que Lucas, Prescott, Wallace y yo fuésemos economistas keynesianos. Pero experimentamos una discontinuidad, un cambio de concepción radical. El hecho de que las reglas decisorias de los agentes privados cambian cuando el Estado modifica su política abrió verdaderamente una ventana que permitía contemplar un panorama de nuevas cuestiones. Así, por ejemplo, el modo fundamental en que los modelos Fed-M.I.T. y Wharton asignan un papel a las políticas monetarias activas es a base de achacar a la gente errores sistemáticos de expectativas, que podrían ser explotados por la política monetaria y fiscal para influir sobre la situación del em-

pleo. Cuando se imponen expectativas racionales, no se acepta que sea factible manipular sistemáticamente los errores de predicción. No es cuestión de qué variables son las que entran en la función de expectativas. Más bien, cualquier teoría de las expectativas que tenga cualquier elemento de racionalidad predecirá que las reglas decisorias de los agentes privados y los mecanismos de formar expectativas cambiarán sistemáticamente cuando se registre un cambio de la estrategia estatal. Las reglas decisorias son resultados dimanantes de problemas de optimización, y esos resultados han de cambiar.

La prueba de mi afirmación de que Modigliani y Ben Friedman no expresan cabalmente las cosas es que estas nuevas teorías equivalen a la afirmación de que las formas *standard* de simular, mediante el uso del modelo Fed-M.I.T. o del modelo DRI, contradicen a la teoría de la optimización. Estamos afirmando que es erróneo el modo en que estas personas están haciendo simulaciones con sus modelos, y son erróneas las respuestas que están ofreciendo a preguntas sobre política aplicable. No se puede nadar y guardar la ropa. No se puede continuar simulando de forma *standard* y decir que no hay nada nuevo en lo que estamos pregonando. O bien hay que decir que estamos equivocados, o que lo que afirmamos tiene incidencia operativa.

—¿No es posible alterar los modelos de elevado número de ecuaciones para hacer frente a sus objeciones?

—Los grandes modelos no se pueden revisar; no es cuestión de añadirles variables, sino de modificar fundamentalmente dichos modelos. Deben enraizarse en un comportamiento optimizador. Se trata de un punto de partida completamente nuevo. Lo que hacemos es en realidad un subproducto de la empresa en que estuvo envuelta la Comisión Cowles, tanto en términos de su reto econométrico como de su desafío teórico.

Modigliani hizo enormes aportaciones y aprendimos de ellas; no cabe negarlo. Es un gran economista. Solo que no estoy de acuerdo con él en este punto concreto.

—Una de las principales críticas de los macromodelos de expectativas racionales es que proclaman ser interpretaciones de equilibrio de lo que siempre se ha concebido como fenómenos de desequilibrio. A la gente le cuesta trabajo comprender cómo se puede hacer eso y cómo son congruentes esos

*alegatos de equilibrio con lo que se observa. ¿Cómo reacciona Vd. ante eso?*

—Le repito que es cuestión idiomática. No estamos hablando de equilibrios estáticos y no aleatorios. El concepto de equilibrio que ofrecen algunos de nuestros modelos es mucho más refinado. Algunos incluyen colas y agentes sin contrapartida. Existen versiones de modelos en los que los agentes se quedan sin trabajo y no consiguen una respuesta en el acto.

Existen numerosas críticas de los modelos de equilibrio que están mal orientadas. A la hora de explicar ciclos como los de los años cincuenta, sesenta y setenta son mucho más robustos que lo que algunos admiten. El fallo de ajuste de salarios y precios no es un problema porque existen abundantes razones —muchas de ellas procedentes de la teoría de los contratos y de modelos de relaciones duraderas— que inducirían a no esperar el ajuste de salarios y precios reales corrientes para equilibrar el mercado de mano de obra. Estoy pensando en modelos de concordancias de puestos de trabajo; en parte de la obra de Hall, y en la obra de Townsend. La obra de Radner sobre contratos, por ejemplo, hace pensar en términos de relaciones repetidas, duraderas. Todo ello ha de ser muy diferente de lo que se obtiene de una curva de demanda y oferta estáticas de mano de obra. Es preciso pensar en términos de equilibrios estáticos dinámicos, que son mucho más complicados. Los agentes que se quedan sin trabajo, en cierto modo, no se sienten felices de estar desempleados, y sin embargo capean el temporal con optimismo.

Lo que pretendemos significar con el término equilibrio es esencialmente dos cosas. En primer lugar, pretendemos explicar datos sobre precios y cantidades como resultantes de la interacción de las decisiones de los individuos; ese es el detalle esencial, juntamente con la idea de que los mercados se equilibran en cierto sentido. Eso no significa que todo el mundo tenga un empleo en cada período. El concepto de equilibrio puede ser mucho más complicado y entrañar loterías. Existen razones para que los trabajadores estén desocupados. En cierto sentido, los obreros eligen unas profesiones determinadas sabiendo ya tal cosa. Un ejemplo sería la construcción, industria en la que la probabilidad de quedar sin trabajo durante parte del año es mayor que en muchas otras. En lugar de decir que ese es un dese-

equilibrio localizado en la industria de la construcción, intentaríamos descubrir las razones de que la industria en cuestión esté organizada de ese modo, y de por qué los individuos han optado por colocarse en ese tipo de actividad. Así pues, los modelos intentan que la teoría de la elección explique las cosas. Otro detalle es que esos contextos son suficientemente complicados para que no sea algo automático el que los equilibrios sean óptimos. Si no lo son, intentamos analizar instituciones e intervenciones del Estado que corrijan la falta de optimalidad. Ese es el verdadero objetivo que se desprende del análisis de la política económica desde la óptica de las expectativas racionales.

—¿Quiere Vd. decir que no existe una especie de situación de desequilibrio?

—No es eso lo que he dicho ni lo que he pretendido decir. La primera parte de mi respuesta se dedicó a enfrentarme al alegato de que la economía está evidentemente en desequilibrio. La cosa no es tan obvia con los ciclos que llevamos observando en los últimos veinte o treinta años. Vemos a trabajadores desempleados, pero eso no nos dice si se debe usar un modelo de equilibrio o de desequilibrio. La cuestión es qué modelo se acomoda mejor a los hechos y nos da la mejor explicación y predicción en materia de intervención del Estado. La primera parte de mi respuesta a su pregunta es que no es evidente —con ese nuevo e imaginativo tipo de modelos de equilibrio— que las observaciones no encajen.

La segunda parte es que debe reconocerse que es muy difícil hacer una labor científica en materia de desequilibrio. Algunos autores modernos que se interesan por modelar un comportamiento optimizador están también interesados en los modelos de desequilibrio. Su labor es muy difícil, debido a la posibilidad de desequilibrio, posibilidad que viene a complicar los problemas de decisión de los agentes. Una razón en pro de los modelos de equilibrio es que resuelven gran cantidad de problemas técnicos.

—¿Qué tipo de instrumento de desequilibrio introduciría Vd?

—En vez de algo que opere como un subastador walrasiano sería preciso otro mecanismo. Ese mecanismo resulta hoy por hoy desconocido, pero tal vez esté en un mismo pie de igualdad con el subastador walrasiano en

términos de instrumento que pueda interpretarse como modo de organizar la economía. En otras palabras: cabe concebir un equilibrio no walrasiano de un juego en que intervienen los agentes y que tiene el aspecto de un desequilibrio. Existen fenómenos —muchos de ellos conectados con los años treinta— que uno querría explicar con algo que parezca ser un modelo de desequilibrio o un modelo en el que existan equilibrios múltiples.

—¿Podría Vd. caracterizarlo como desequilibrio en el que los planes no concuerdan y los ajustes no tienen lugar simultáneamente?

—No lo caracterizaría yo así. En nuestros modelos de equilibrio que son dinámicos, los ajustes no tienen lugar instantáneamente. Existen retardos, pero los ajustes ocurren al ritmo adecuado. En estos momentos no estoy trabajando con temas de desequilibrio.

—¿En la obra de qué autor está Vd. pensando en particular?

—No quiero mencionar a nadie. No existen muchos trabajos, porque el tema es difícil.

—En estos días nos azota un elevado índice de desocupación. Antes mencionó Vd. que siente un interés personal por los años de la Depresión, pero no los aborda directamente en su obra, porque centra más su atención en el dinero dentro del contexto de los ciclos económicos. ¿No es eso extraño?

—Existen dos cuestiones separadas. Yo no dispongo de una teoría ni conozco a nadie que tenga una que represente una explicación satisfactoria de la Gran Depresión. Se trata, en realidad, de un acontecimiento muy importante, no explicado, y es al mismo tiempo un proceso trascendental sin explicar, en el que me siento grandemente interesado y quisiera verlo explicado.

—¿Cómo explica Vd. el índice actual de elevado desempleo?

—Creo que en estos momentos la clase de modelos de curvas de Phillips con expectativas racionales de que disponemos contribuye considerablemente a explicarlo.

—Un alegato básico asociado a la nueva economía clásica es la proposición de neutralidad. ¿Considera Vd. correcta esa asociación?

—Creo que el rasgo capital de la nueva economía clásica es su compromiso con un determinado concepto de equilibrio general y de comportamiento optimizador, estratégico. Son dos ideas

muy amplias y suficientes para acomodar toda clase de modelos que no tienen neutralidad. Sin embargo, creo que es importante la hipótesis del índice natural. Indudablemente, limita lo que pensamos que puede lograrse con una política anticíclica, pero no elimina totalmente cuestiones interesantes sobre el modo de aplicar la política monetaria e impositiva.

La proposición de neutralidad fue elemento importante de mi obra hace seis o siete años, pero no últimamente. En realidad, la mayor parte de mi labor reciente carecería de razón de existir si tomase en serio la proposición de neutralidad. Lo mismo sucede con la obra de Lucas. La esencia de lo que Wallace y yo hicimos en torno al tema de la neutralidad fue producir un contraejemplo frente a la afirmación de Friedman y de Modigliani de que no había nada nuevo. Tomamos un modelo que era esencialmente una versión del modelo Fed-MIT y demostramos que si se introducen en él las expectativas racionales se consigue una neutralidad extrema. Tanto Neil como yo hemos hablado de construir otros tipos de modelos. No obstante, algunas personas tomaron en serio ese modelo. Por tal razón consideraron más seriamente que nosotros la proposición de neutralidad.

—¿Está Vd. de acuerdo con la idea de que una política de estabilización activa es ineficaz y de que el cambio de la demanda promovido por el Estado no puede afectar a las variables reales?

—En esos artículos demostramos que si se van a usar estos tipos de modelos y se van a imponer las expectativas racionales, se obtienen tales y cuales resultados. Mi criterio actual es que esos modelos no son satisfactorios.

Quisiera distinguir con claridad entre las afirmaciones que hicimos Neil y yo sobre modelos concretos, y las que formulamos sobre la política y el mundo en estos momentos. Ciertamente, yo no apoyaría la proposición de que cualquier política es ineficaz y que carece de importancia. Por ejemplo, creo que los enormes errores de política cometidos, han tenido lugar en el último año y medio. La «reaganomía» hace verdaderamente daño, y no sólo a los Estados Unidos. Neil y yo hemos escrito sobre eso en un artículo titulado «Unpleasant Monetarist Arithmetic», publicado en el número de otoño de 1981 de la revista trimestral del Banco de la Reserva Federal de Minneapolis. Señalamos en él que la idea de propugnar

una política fiscal muy relajada y una política monetaria muy dura es un gran error. Ha provocado un desempleo elevado, no sólo a los Estados Unidos sino a nuestros socios comerciales. No va a contribuir a apaciguar la inflación; probablemente, terminará empeorándola. Continuamos teniendo curvas de Phillips en nuestros modelos. Acciones de política que son increíbles, que causan incertidumbre, pueden provocar recesiones. Decimos que esa no es la clase de cosas que se desea hacer. Lucas, Wallace y yo escribimos desde un principio cosas muy duras de esa política.

—*Algunos sectores del gobierno aluden a Vd. para justificar lo que estaban haciendo.*

—Jamás me preguntaron. He tenido contactos con algunos funcionarios, pero no de alto nivel. La clase de labor que hacemos Lucas, Wallace y yo implicaría una política bien diferente.

(Pausa.) Le diré la clase de política que aplicaríamos Neil y yo, si llegase el caso. Sería precisamente lo contrario. Existen dos cuestiones: lo que se haría ahora y lo que se habría hecho en enero de 1981. La primera es la más difícil. Si se aceptasen los objetivos de Reagan —y se trata de un condicional de lo más grande— que consisten, más o menos, en reducir las dimensiones del Estado e intentar estimular la inversión privada, se intenta no alterar los impuestos y se aplican medidas tendientes a reducir las dimensiones del Estado y a aplicar una política monetaria relajada, de tipos de interés bajos. Suponiendo que se consiguiese la poda impositiva y, en consecuencia, fuertes déficit, su política óptima en segundo lugar continúa siendo aplicar medidas de tipos de interés bajos, aunque se tengan unos déficit grandes. La inflación será elevada, pero de todos modos lo va a ser a causa de los fuertes déficit.

—*Eso suena de lo más keynesiano...*

—Estos son argumentos muy diferentes. Son argumentos de expectativas racionales que guardan relación con el modo mejor de financiar el déficit del Estado, en unión de una visión de la curva de Phillips con expectativas racionales.

El respaldo teórico no es completo y se basa en algunos modelos que no se han llegado a elaborar del todo... En realidad no estoy trabajando en ellos, salvo lo que escribí con Neil en aquel artículo sobre la «Unpleasant

Arithmetic», aunque es básicamente una corazonada sobre cómo funcionarían las cosas si se extendiese el campo. Pero las ideas básicas arrancan de reflexionar sobre cuáles son las consecuencias derivadas de modos diferentes de financiar el déficit del Estado y cuál es el mejor modo de hacerlo desde el punto de vista de los efectos sobre la inflación consiguiente, en unión de algunas especulaciones sobre el grado de credibilidad de los programas alternativos anunciados. Está bien claro que el programa fiscal de la Administración, juntamente con la política monetaria dura, es algo que ha engendrado una enorme incertidumbre, no sólo en el plano económico, sino también en el político. La clase de incertidumbre que está inyectada en el sistema es totalmente evitable; podría soslayarse con las adecuadas reglas fiscales y monetarias...

—*En tal caso, ¿resulta correcto pensar que las medidas que Vd. propugna consisten en que el gobierno haga cuanto pueda por reducir la incertidumbre?*

—Eso no es totalmente exacto. Esa idea se desprende de algunos modelos, pero como proposición general probablemente no es cierta. Existe una multitud de modelos en los que se plantean situaciones en las que el gobierno desea inducir, provocar cierta incertidumbre. Por ejemplo, cuando establece regulaciones desea que las personas reguladas no tengan seguridad sobre ciertos aspectos del comportamiento del regulador, como por ejemplo cuando va a llegar la inspección de la contabilidad. Pero la intuición es que en política monetaria y fiscal no resulta probablemente bueno producir incertidumbre. No estoy seguro de que exista una proposición general. Según algunos modelos debe reducirse la incertidumbre, pero con seguridad que se pueden construir otros modelos en los que eso no es óptimo. Mi impresión es que debe soslayarse la incertidumbre. Se deben aplicar y respetar ciertas reglas, pero las reglas deben ser coherentes y creíbles. No pueden ser incongruentes, pues, de serlo, no se pueden respetar.

—*¿Como ahora son?*

—Así lo creo. Con respecto a la política de tipos de interés altos y a la inflación, el compromiso o *trade-off* con el desempleo proviene de la incertidumbre. De un modo u otro, el efecto neto de esta política es resultar inespereadamente contractiva. Estos eleva-

dos tipos de interés no tienen precedentes y están estrangulando la economía. Así pues, existe cierta especie de compromiso temporal. También está en juego otra cosa que me preocupa. Esos elevados tipos de interés sin precedentes están poniendo en peligro a muchas de nuestras instituciones. Existe a nivel mundial una estructura de deudas contraídas partiendo de la presunción de que los tipos de interés iban a estar mucho más bajos. El salto a un régimen de tipos elevados está perjudicando a muchas deudas que eran sanas con el antiguo régimen. Algo similar a lo que ocurrió en los años treinta y a fines de los veinte. Esos recuerdos no son tranquilizadores. Creo que se debe ser muy sensible a la peligrosa situación en que se encuentran numerosas sociedades y al número de quiebras inducidas por esta política monetaria dura.

—*¿Pueden hacer frente sus modelos a estos colapsos institucionales?*

—No los que están en circulación, pero se están haciendo algunos trabajos. La labor teórica que hoy está en marcha encierra promesas clarificadoras. Neil Wallace y Townsend me han descrito algunos trabajos. Pueden contribuir a aclarar lo que sucedió a partir de 1934 a causa de quiebras institucionales. Creo que es ahí donde está la clave.

—*Milton Friedman no estaría muy contento con las conclusiones que obtienen Neil Wallace y Vd.*

—Pregúnteselo a él.

—*¿Prestan los economistas demasiada poca atención a la teoría del comportamiento político?*

—Sí, pero algunos macroeconomistas están prestando más atención. No hay nada incorrecto en actuar conforme a la hipótesis de que el gobierno se comporta óptimamente, o en buscar técnicas para concebir cómo podría comportarse óptimamente. Al determinar la política óptima del Estado, se entra en lo que se denominan juegos dinámicos o diferenciales. Existe una zona en la que se está profundizando para determinar cuál es la política óptima del Estado a la luz del hecho de que los individuos van a escoger sus estrategias para reaccionar. Es una dirección hacia la que van a orientarse las expectativas racionales.

—*¿Cómo aborda Vd. el aprendizaje? ¿Cree que va a ser una cuestión importante?*

—Es cuestión importante, pero no

creo que nadie vaya a ir demasiado lejos por ahí. Existen algunos problemas técnicos realmente espinosos. Mi predicción es que, en términos de modelos explicativos de series temporales, los modelos de aprendizaje no constituirán una ayuda importante, debido a los problemas técnicos en la estructura del aprendizaje. Se puede disponer de teorías completas del aprendizaje. Pero en el contexto de agentes individuales enfrentados a problemas de tipo dinámico, debe elegirse entre considerar la tecnología dinámica o considerar la estática, con objeto de centrarse en el aprendizaje. En estos momentos no cabe contemplar ambas posibilidades. Es una disyuntiva dura debido a consideraciones técnicas.

Creo que Robert Townsend ha hecho trabajos verdaderamente interesantes en materia de aprendizaje. Su obra está siempre tropezando con esas restricciones técnicas de que le hablo. En términos de implicaciones econométricas, su labor es la más prometedora, pero incluso esa labor es difícil de aplicar.

## Sobre la econometría

—Su interés por las cuestiones teóricas y empíricas es poco usual. Normalmente, los economistas se especializan. ¿Representa un problema su doble especialización?

—Sí, lo es. Por fortuna, gente mucho más capaz que yo está haciendo, a la vez, ambas cosas..., gente joven. Los jóvenes están haciendo cosas verdaderamente interesantes. Comparten la visión de que es empresa fructífera ligar las teorías dinámicas a la econometría.

—Su propia econometría se ha ido haciendo cada vez más difícil.

—Mis obras son una historia de mi aprendizaje. La ofrezco al público para que no cometa los mismos errores que yo. Mi proceso ha sido lento y penoso. Mi obra es como un viaje, un viaje de descubrimientos. Muchas cosas podrían resultar conocidas para otras personas, pero para mí eran una novedad.

Uno de los momentos importantes del descubrimiento fue aprender cómo elaborar un equilibrio de expectativas racionales. Neil y yo descubrimos torpemente cómo hacerlo usando técnicas caseras. Más tarde descubrimos que Lucas lo estaba haciendo de forma más general y elegante. Descubrir

la relación entre lo que Lucas hacía y las cosas torpes que estábamos haciendo Neil y yo fue divertido. También lo fue aprender de Chris Sims en materia de series temporales y de Granger-Sims en materia de causalidad y cómo eso encaja. Muy temprano tuve la impresión —llámelo corazonada— de que el material de Chris iba a encajar en las expectativas racionales, quizá porque el criterio de Granger se refería a la predicción. Resultó que existe una conexión íntima entre la causalidad de Granger y las expectativas racionales en numerosas direcciones, conexión tan íntima que si Granger y Sims no hubiesen hablado de ello alguien hubiese tenido que inventarlo. Resultó increíblemente divertido ver cómo todo confluía hacia una sola vía.

—El artículo que escribió Vd. sobre la estimación de las ecuaciones de demanda dinámica de empleo ha contribuido a sentar la heurística de esta econometría...

—Ese artículo está lleno de errores. Todo lo que incluye puede hacerse mucho mejor, y en un trabajo posterior de Hansen y mio así se hizo. No siento animosidad contra ese artículo, porque suscitó el interés de otras personas que podían hacerlo mejor. Esa es, fundamentalmente, la filosofía de ese trabajo. Cuando investigamos se tiene la idea de que no va a salir un producto acabado. Se produce un *input*. Se escribe el artículo con la esperanza de que sea revisado y mejorado. No cabe considerarlo como un éxito si no es mejorado. La investigación es un proceso vivo que implica a otros.

—¿Tengo razón al decir que el proceso de hacer su tipo de econometría consta de dos procesos, uno de los cuales es una econometría sin demasiada teoría a priori?

—Esa es una línea de actuación. Chris la ha llevado mucho más lejos que yo, y la respeto. La otra línea es la de las ecuaciones cruzadas y la de hacer econometría con una nueva teoría dinámica.

—Eso es muy complicado y exige gran cantidad de labor teórica. En cierto modo, la econometría sin una teoría a priori ayuda a elaborar la teoría.

—Así lo entiendo yo. Bob estaría de acuerdo probablemente también. Hay que saber qué es lo que se está buscando cuando se inventan teorías. Es un procedimiento sensato, pero no se

puede demostrar que sea una buena idea. En ese procedimiento existe toda clase de contradicciones filosóficas. Básicamente, el procedimiento contradice la estadística clásica y la bayesiana. La teoría estadística clásica nos dice que se dispone de una hipótesis previa al análisis de los datos. Se estiman algunos coeficientes de regresión y se efectúan los contrastes. Resulta crítico no haber contemplado antes los datos. No parece correcto adquirir información previa de los datos y después retroceder y usar esos mismos datos. Esas objeciones resultan para mí importantes. Pienso en ellas constantemente, pero no dejo que me detengan...

—Tengo entendido que los resultados econométricos son inciertos. Inciertos son también los modelos de los que se derivan. Así, por ejemplo, en su artículo sobre la función de demanda dinámica de empleo, Vd. tiene que realizar toda clase de hipótesis *ad hoc* para hacer que las cosas marchen.

—Y eso siempre va a ser verdad. No se pueden eliminar la arbitrariedad y las hipótesis *ad hoc*. Se pueden hacer específicas y claras para el lector. Creo que la econometría tiene gran valor en cuanto a clarificar interpretaciones. Sostengo que la idea de las expectativas racionales es indiscutiblemente fructífera, aunque jamás llegue a ofrecer una sola respuesta fiable. La razón de ello es que cambia el modo de contemplar la política.

La econometría de las expectativas racionales nos lleva a pensar en las estrategias del Estado, regímenes y acciones repetitivas. Eso puede decirse fácilmente, pero cuando se pasa por todos esos cálculos y se comprende la estructura analítica de uno de estos modelos, y se vive con ella durante un par de años, se ve uno obligado a pensar en lo que está sucediendo en Washington. Se ve uno forzado a pensar, no sólo en lo que sucede hoy, sino en la estrategia global. Se buscan cosas diferentes al interpretar acciones distintas. Cambia el modo en que se interpretan las regresiones que otros computan. En términos de interpretar retardos distribuidos, nos ofrece todo un arsenal de nuevas formas de interpretación. El modo en que esas cosas solían ser interpretadas es muy diferente de cómo una persona moderna las interpretaría. Lo que es también interesante es la relación a través de diferentes ecuaciones. Para aprender cómo conceptualizar esas cosas es preciso pasar por estos ejercicios...

## Sobre la economía no convencional

—Vd. habla profusamente de incertidumbre. También lo hacen los post-keynesianos.

—Me abstengo de comentar sobre eso, por carecer de información suficiente. Leo algunos de sus trabajos, pero no lo bastante.

—¿Existe un problema de comunicación entre personas como Paul Davidson y Vd?

—Creo que se pueden exagerar esas brechas de comunicación. Existe una extensa comunicación con los teóricos que trabajan con la incertidumbre.

—Pero ellos razonan en los términos de Vd., es decir, en términos probabilísticos. Algunos keynesianos sostienen que es imposible captar la incertidumbre en esas condiciones.

—Nada tengo que decir al respecto...

—¿Y los marxistas?

—Los leí hace mucho tiempo. No sé lo suficiente sobre ellos.

## Sobre el modo de hacer economía

*Las matemáticas parecen fundamentales en su trabajo. ¿Cuándo comenzó a interesarse en ellas, en el college?*

—No, no comencé a interesarme hasta que vine al Carnegie. Si se desea elaborar modelos y no limitarse a hablar de ellos es preciso escoger algunos instrumentos. Muchas personas así me lo dijeron. Pero tengo una tremenda aversión a las matemáticas. En el college evité las clases de matemáticas y también en Harvard, en mis días de estudiante. No comencé a estudiarlas seriamente hasta llegar a Minnesota. Entonces comencé a recibir clases otra vez, fundamentalmente porque los estudiantes sabían más matemáticas que yo. Continué estudiándolas. Resultan para mí enormemente difíciles. Así es que intento superar la dificultad.

Cuando se comienzan a aplicar, las matemáticas nos gustan. Aprecio la belleza de varios argumentos. Pero no por eso resulta la cosa fácil; es una lucha a brazo partido. No es como ver una película. Una cosa que aparta a muchos de estos temas es que las matemáticas son duras. Puedo comprender su actitud.

—Tiene Vd. fama de preferir expresarse en forma matemática en vez de limitarse a hablar de las cosas normalmente.

—Eso depende del contexto. Estoy empezando a aprender a hablar de esas cosas al margen de las matemáticas. Así, recientemente he intentado escribir un par de artículos sobre historia económica sin ecuaciones. Es difícil.

—Dice Lucas que las ecuaciones figuran en el trabajo que escribieron en colaboración porque Vd. deseaba incluirlas; por su parte, él se rinde.

—(Risas.) La obra de Bob es mucho más técnica que la mía; es muy exigente. Bob utiliza matemáticas mucho más difíciles que yo. Mi material está compuesto fundamentalmente por álgebra; el suyo son matemáticas profundas.

—Lucas me ha dicho que ha asistido a seminarios caóticos, por ejemplo, en Yale. En ellos tuvo la sensación de caminar por delante de los tiempos y de suscitar reacciones acaloradas. ¿Y Vd?

—He conocido esa experiencia en unas cuantas conferencias. No me agrada lo más mínimo. En Minnesota tengo un ambiente acogedor. Es una especie de atmósfera somnolienta, un lugar poco pretencioso. Es verdaderamente agradable, y muy serio. Mantenemos unas discusiones realmente desapasionadas, muy profesionales.

Sin embargo, ha finalizado la controversia en torno a estas cosas. Recientemente marché a Yale a dar dos conferencias. La atmósfera fue muy cordial. Todo el mundo fue amable y cortés. Creo que ya ha finalizado la revolución. La gente de Harvard ha sido verdaderamente amable conmigo durante mi estancia reciente. No tengo la misma sensación de controversia que antiguamente.

Cuando digo que ha terminado la revolución me refiero a lo que están haciendo ahora los jóvenes. Mire en lo que trabajan los profesores adjuntos en los mejores centros; los temas han cambiado. Schumpeter y otros autores dijeron que las revoluciones científicas son provocadas por jóvenes. Se oponen al arquilosamiento propio de la vejez. Después, los jóvenes pasan a convertirse en personas de edad intermedia. La generación más joven recoge la antorcha y, por lo general, se une a quienes desencadenaron la revolución. Eso es lo que está aconteciendo ahora...

Voy a contarle algo sobre Tobin. Se celebró una conferencia en el Banco Federal de Minnesota, en honor de Walter Heller, a la que asistieron todos los «viejos», los héroes de mi juventud. Fue una ocasión memorable. Gardner Ackley daba una charla; se mostró muy negativo sobre la dirección que estaba tomando la moderna macroeconomía, diciendo que incluía demasiadas matemáticas y que un número exagerado de hipótesis estaba falto de realismo. También se mostró muy severo con las expectativas racionales y con toda clase de teorización moderna. Sus palabras vinieron tras dos jornadas de críticas negativas de las expectativas racionales. Todos, incluyendo a Samuelson, lanzaban dardos contra las expectativas racionales. De nuestro bando, nadie dijo nada, en deferencia a Heller, me figuro. Entonces Tobin se levantó y dijo que las palabras de Ackley le recordaban las reuniones de la AEA en 1946, acabada ya la guerra, en las que los miembros más prominentes y de más edad de la profesión criticaban a los jóvenes keynesianos por su falta de realismo y excesivo apego a las matemáticas. He aquí lo que dijo Tobin: «Tuvimos nuestra oportunidad y no hemos resuelto todos los problemas. Quedan muchísimos pendientes, nuestros modelos adolecen de flancos nada satisfactorios, y ya va siendo hora de dar a estos jóvenes una oportunidad». Fue muy amable.

Recuerdo a Klein diciendo algo sobre lo incómodo que se sentía teniendo que oponerse a las recientes ideas revolucionarias en el plano de la macroeconomía. Esas figuras trajeron la revolución keynesiana a los Estados Unidos. Eran los jóvenes de entonces. Tobin y Samuelson la pusieron en marcha, la hicieron operativa. Los economistas eran muy importantes; lo que hacían era realmente motivador. Puedo comprender perfectamente cómo se siente ahora Klein.

Sin embargo, me gusta ir a conferencias y ver a estos jóvenes trazando círculos a mi alrededor. Algunos son alumnos a los que he enseñado. Verles superarme es realmente una experiencia fantástica. Es la experiencia más remuneradora que he tenido en mi carrera. Un tipo, que se recuerda que llegó a la clase sin saber una palabra, está inventando ahora nuevas cosas que uno apenas consigue comprender, propone unos argumentos que uno no hubiese llegado a imaginar. Lo agradable es que algunos recogieron el mensaje, y ahora trabajan sobre nues-

tros hombros... Son inteligentes... Yo no lo soy tanto como algunos de ellos.

La visión que hay que mantener de la investigación discurre por la senda de la cooperación; no es preciso saberlo todo. Lo importante sólo es que se desea publicar un trabajo que contiene una idea que alguien tal vez pueda aprovechar para partir de ahí y seguir adelante...

—¿Qué es lo que confiere eficacia a un artículo?

—No creo que se pueda responder a esa pregunta haciendo abstracción de un proceso, en el vacío. La investigación en que me veo implicado en estos momentos tiene ese impulso, casi como un proceso determinista. Aunque existe mucha incertidumbre, se puede percibir cuál va a ser el paso siguiente. Surgen problemas técnicos, pero se puede ver a dónde se desea llegar. Surgen sorpresas en los resultados... Me siento como el jugador de un equipo y me resulta difícil identificar conmigo lo que he hecho. Cuanto he escrito depende tanto de mis charlas con Neil, Chris y Bob y con mis estudiantes... Gran parte de los elogios que he recibido son inmerecidos. Muchos pertenecen por propio derecho a Neil, Chris y a mis estudiantes.

Es mucho lo que hay que hacer en los próximos veinte años. Mi predicción es que dentro de quince años la macroeconomía va a tener un aspecto muy diferente del actual. Las perspectivas de cambio son ahora mucho mayores que en 1965.

—La gente dice que muchas de sus hipótesis carecen de realismo.

—Es cierto que estas hipótesis no son realistas, pero lo mismo sucede con las hipótesis de cualquier macromodelo. El modelo keynesiano está tremendamente falto de realismo. Es tan poco realista como el nuestro. Estos pequeños modelos son abstracciones. La prueba experimental de si son realistas o no está en la econometría. Esta es la postura de Milton Friedman y de cualquier persona que maneja datos.

La concepción básica de un teórico de las expectativas racionales o de un teórico del equilibrio de cualquier clase es que desea modelar al mundo como si no existiesen grandes posibilidades de beneficios inexplorados que puede detectar fácilmente porque es un economista. De un modo aproximado, esas hipótesis tienen para mí sentido, pero no así en cada caso individual.

—¿Tienen sentido para Vd. como forma de actuar de la gente?

—Sí.

—¿Se siente Vd. cómodo con ellas?

—Sobre ciertas cosas, sí. No se me ocultan los problemas que entrañan. El usar esta metodología entraña problemas y contradicciones filosóficas. En lo más hondo no creo en ella, pero no dispongo de un método mejor de comprender lo que está sucediendo aquí. ¿Que si pienso que nadie se lanza a un comportamiento irracional? No creo tal cosa.

—¿Qué piensa Vd. de la crítica de Simon?

—Quienes toman en serio esa crítica terminan haciendo una labor como la de Radner sobre la distribución del esfuerzo y la extinción de incendios. Terminan trabajando sobre unas expectativas racionales más difíciles. Queda por ver si la crítica de Simon es constructiva y útil en el sentido definido por mí más arriba, concretamente, que se parte de lo criticado como punto de arranque para avanzar. Nadie lo ha hecho hasta ahora, salvo Radner. La obra de Radner representa un ejercicio muy difícil en materia de expectativas racionales. Aquí el principio general es que mientras menos información se posee y más difícil es el problema de elección de los agentes, tanto mayor es la carga de aprendizaje, tanto más difícil es el problema para analizar y resolver. La habilidad está en mantener un modelo que capte algunos elementos de esta naturaleza pero que continúe siendo abordable.

—¿Busca Vd. la verdad?

—Sí. Uno tiene una idea más o menos refinada de lo que es la verdad. Se encuentra el modo de hacer mejor al modelo creando otro que permita una gama mayor de intervenciones... La idea de la verdad es escurridiza..., es un proceso constante.

—¿Constituyen los aspectos políticos una motivación importante?

—La verdad es que no me interesa la política. Todo esto de las expectativas racionales carece de motivación política. Contribuyen al tema personas dotadas de muy diferente plumaje político. Es más bien una revolución técnica. Una de las primeras críticas lanzadas era que se trataba sólo de una nueva versión de una economía de derechos. El problema de esa crítica es que la mayor parte de los que la lanzaban estaban votando por McGovern, eran demócratas liberales. Por lo me-

nos, más de la mitad de ellos. Esa no es la cuestión. Estos son unos temas técnicos en torno al modo de contemplar los modelos. En rigor de verdad, el modo en que me vi cogido en todo esto fue a base de contemplar los modelos keynesianos. Si se contemplan esos modelos, si se miran detenidamente, se llega al mismo lugar en que se encontraba Lucas. Eso quiere decir que se ha empezado algo.

No, ciertamente no me guió por motivaciones políticas. Mis motivaciones son puramente técnicas... No me desagradaba la intervención del Estado, *per se*. Cuando salí de Berkeley y de Harvard tenía una idea bastante ingenua de lo que el Estado es capaz de conseguir. Era culpa mía, pero me sentía bastante intervencionista; el Estado debe intervenir en toda clase de cosas. Me he distanciado de esa postura, pero, indudablemente, no aborrezco al Estado. Es indudable que se le necesita para conseguir cosas; la cuestión está en cómo se van a arbitrar óptimamente instituciones que las consigan... Eso es precisamente lo que estamos intentando averiguar.

## NOTAS

(\*) Entrevista de Arjo Klammer a Thomas J. Sargent, publicada en *The New Classical Macroeconomics. Conversations with New Classical Economists and their Opponents*, 1984.

(1) LUCAS, Robert E., Jr., y Thomas J. SARGENT, eds. (1981). *Rational Expectations and Econometric Practice*. Minneapolis, University of Minnesota Press.



---

EL PREMIO  
DE CIENCIAS ECONOMICAS  
EN MEMORIA DE ALFRED NOBEL  
Assar Lindbeck

EL CICLO VITAL,  
EL AHORRO INDIVIDUAL  
Y LA RIQUEZA DE LAS NACIONES  
Franco Modigliani

LOS DETERMINANTES  
DEL AHORRO DE LAS FAMILIAS  
Antonio Argandoña

---